

Los personajes de *Primeras Hojas* existen y se individualizan en el momento en que se refugian en la órbita del «yo» del niño. Se perfilan, dibujan o desdibujan según la perspectiva del narrador —el niño—, sujeta a variación ante circunstancias diversas. Los personajes —todos, sin excepción— responden al punto de vista del narrador y se nos muestran con el perfil que más le llamó la atención, y con el rasgo humano más próximo a su recuerdo.

El personaje no se impone al narrador sino que es el mundo infantil el encargado de presentárnoslo bien por lo que le decían o la forma de decírselo, o bien por algún detalle insignificante a los ojos de los mayores, pero importante en la conceptualización de la mente infantil:

«Entrada la mañana, sol de mediodía en el rincencillo de la Plazuela de San Andrés, mi padre paseaba, vuelta va, vuelta viene, con don Juan el párroco» (pág. 39).

«Elisa y el novio se sientan, y él dice: los niños con la criada a pasear, Dorotea se enfada, nunca me han llamado criada a mí en vuestra casa...» (pág. 64).

«El luto más cercano y rígido por mi madre lo pasé en casa de mi tía Rosa, con su hermana mayor, que no se reía nunca...» (pág. 77).

Hemos de destacar que mientras que no aparece nunca la palabra «hermano», «hermana» como forma única de presentación del personaje sino el nombre propio, no ocurre lo mismo con el nombre de los padres que son presentados siempre con el término «padre, madre» y no con el nombre propio, aun cuando el narrador no sea el niño.

### 1.3.— *Otras manifestaciones*

Es indudable que presentimos la presencia del autor cuando por medio de la memoria, con el toque exacto, con la observación precisa, nos devuelve y aproxima el fragmento de vida ya lejano.

«El cochecito daba una vuelta al óvalo del jardín de acacias grandes, cercado de reyes (todos son parecidos, papá)...» (pág. 35).

«...Veía aquellas extrañas ceremonias, ir y venir de caballos, sables en alto (qué se dicen, nunca se tutean)...» (pág. 35).

Sin duda alguna esta actualización del pasado, y posterior recreación en él, va a ser conseguida en *Primera Hojas* casi en exclusiva mediante el empleo de los tiempos verbales:

«De ahí la función decisiva de las formas verbales en la trama del discurso. En primer término, aquella combinación de distintos presentes —histórico, habitual, lírico—, con su efecto de intenso relieve por aproximación o contraste. En segundo término el pretérito imperfecto descriptivo, durativo y los gerundios significantes de una acción continuada, que viene del pasado, se mantiene en un presente eterno y se prolonga hacia un futuro ilimitado»<sup>14</sup>.

Es legítimo pensar, por tanto, que el estilo directo va en presente y la narración

<sup>14</sup> EMILIA DE ZULETA: «La narrativa de Alonso Zamora Vicente», en *PSA*, pág. 191.

en el pasado; no sucede así cuando el narrador es el niño que, en su momento, utiliza el presente mientras que cuando lo es el autor utiliza el imperfecto.

«Esto no quiere decir que a lo largo de la narración ambos mundos —el infantil y el literario— estén separados, sino que, por el contrario, están tan estrechamente unidos que a veces es imposible separarlos pese al empleo de diferentes tiempos verbales»<sup>15</sup>.

En *Primeras Hojas* a la utilización del imperfecto como fórmula introductora del cuento: «Agosto arriba era la verbena», se une el empleo, en el inicio de los relatos, del presente bien evocador bien de estilo directo: «Cuando me asomo al balcón de la casa paterna», «Vuelvo a ver la mañana de sol».

Esta trabazón proustiana de los tiempos conseguida mediante la utilización conjunta del estilo directo (el presente desde el pasado), con la narración en pretérito (recuerdo mantenido en el pasado) y con la narración en presente (activación máxima del ayer «era —como muy bien dice Zubizarreta— la condición indispensable para reavivar el pasado») <sup>16</sup>.

El espacio por el que discurre el deambular del niño es esencialmente Madrid. Puerta de Moros, lugar de la casa paterna, es el punto de partida y retorno; el niño nos va a ir narrando lo que encuentra en sus paseos: San Francisco, iglesia de San Andrés, el Palacio Real, Rosales, La Casa de Campo, Cibeles, Paseo del Prado... etc., tal como se le presentaban en el segundo decenio del siglo en curso.

La dimensión temporal es vaga y difusa como corresponde a la infancia. Es un tiempo detenido por el recuerdo:

«Primavera adentro llegaba el hombre del organillo» (pág. 56).

«Agosto arriba era la verbena» (pág. 125).

«Paseo de Rosales, largo sosiego de sol, mediada la tarde inverniza» (pág. 63).

La función del tiempo interno es presentarnos la totalidad de las acciones que marcan un ciclo en la infancia; las estaciones del año nos acompañan en todo momento así como los juegos cíclicos de los niños: pídola, canicas, trompo, etc., ceñidos al tiempo de su infancia. En la narración abundan las referencias implícitas temporales que aparecen siempre estrechamente unidas al recuerdo infantil:

«Regreso despacito, sol bueno del mediodía, esta tarde podré dejar sin miedo el abrigo...» (pág. 150).

«Algunos jueves por la tarde no hay colegio, vamos después de comer a tomar el sol a la explanada de Palacio. Sol tibio y ya bajo de las cuatro, claridad inverniza...» (pág. 155).

## 2.— *Lo lingüístico*

*Primeras Hojas*, por medio de los gestos, de las apreciaciones en la observación —en la mayoría de los casos enmarcadas gráficamente por el paréntesis—, nos trasmite

<sup>15</sup> MANUEL ARIZA: «La prosa creativa de Zamora Vicente en *Primeras Hojas*», Pisa, 1969-70, pág. 297.

<sup>16</sup> *Ibidem*, págs. 298-299, y A. Zubizarreta: «Lengua y evocación en *Primeras Hojas*», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 90, junio 1957, págs. 364-377.

un lenguaje fresco, novedoso y sutilmente trascendido. Tanto desde la óptica personal como desde la óptica de los personajes que van apareciendo en su recuerdo:

«...Hasta que vino Quico y le arrancó la pata y luego me la quitó (estos chicos de Madrid son zorrizontos, no saben ni coger un cangrejo)» (pág. 141).

«...Y dicen muy ñoñas pobrecito, tan rico, tan pequeño, y ¿no vas a la escuela? y ¿no vas a la escuela? y ¿qué sabes de geografía?, yo digo alguna palabra porque las señoras se ríen y Dorotea me riñe» (pág. 43).

*Primeras Hojas* es el primer testimonio del quehacer artístico de Alonso Zamora Vicente, pero ya en él están los gérmenes de su narrativa posterior con relación al empleo solapado del diálogo. El diálogo en *Primeras Hojas* es una especie de monólogo ampliado dentro de la estructura mental del niño. Este procedimiento quedará ampliado, y desbordado, en sucesivas publicaciones.

Hay que tener en cuenta que los procedimientos expresivos están en función de la narración, y lo narrado en *Primeras Hojas* pertenece al acervo cultural de un determinado niño —el narrador—, y su entorno social.

El toque de atención en el diálogo se consigue por medio de vocativos (hijo, chico, niño, bobo); de imperativos (mira, oye, oiga, diga).

«... Ya sabes, hijo, lo que son las cosas, la viuda, sí, se casó enseguida con el empleado que tenían, si el pobre levantara cabeza. Ah, mira, estos son tus padres...» (pág. 30).

El encadenamiento entre habla y réplica es lineal y, sin embargo, en *Primeras Hojas* se nos muestra con técnica novedosa para el tiempo de su composición, no responde al encadenamiento tradicional sino que se nos presenta estilísticamente multiforme:

«...El sombrero se le vuelca, rebotando en la barandilla, sobre el verde (mira, vamos allí, se le ha caído el sombrero a Elisa, se le va a mojar)» (pág. 43).

El léxico de *Primeras Hojas* refleja fielmente el mundo narrado. Hoy nos puede llamar la atención la diversidad de léxico empleado para denominar el mundo vegetal, el mundo social, el entorno fundamental del niño, desde sus gustos, aficiones, juegos... etcétera.

### 3.— *Lo social*

*Primeras Hojas* responde al testimonio de la niñez del autor. Es indudable que el mundo narrado, como corresponde, se desenvuelve dentro del marco de la familia y, que mediante él, vamos a ir recorriendo la vida social de una ciudad —Madrid— en una determinada época: el segundo decenio del presente siglo.

Alonso Zamora Vicente nos rememora su infancia por medio de los hitos más característicos de ella. «Especial encanto tienen los cuentos en que los niños ven y describen desde fuera el mundo de los mayores, que no comprenden y que interpretan a su modo, por ejemplo, *Cuentos de mamá*, de García Pavón, y *Primeras Hojas*, de Alonso Zamora Vicente»<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> ERNA BRANDENBERGER: *Estudios sobre el cuento español contemporáneo*, Ed. Nacional, Madrid, 1973, págs. 299.

No hay, por supuesto, ya que quien narra es el niño, problemas sociales; el niño vive y nos relata, unas veces, con asombro, y otras, complacido, el enigmático mundo de los mayores, sin entender pero aceptando el porqué de las declaraciones y decisiones que toman los mayores y su forma de ponerlas en práctica.

### 3.1.— *Hastío y desesperanza. El tema de la muerte*

*Primeras Hojas*, aunque es el resultado narrativo de la infancia del autor, no es, en absoluto, un canto al optimismo, como cabría esperar, al tratarse de un niño de infancia feliz. Existe un mucho de desencanto que se acerca, si bien tímidamente, al hastío y quizá a cierta desesperanza, infundada, de otra parte.

Las narraciones recogidas en este volumen, por lo general, presentan al final una especie de reflexión sobre lo narrado y es ahí, precisamente, donde más se vislumbra el matiz que antes señalábamos. Parece como si el autor de «Primeras Hojas» sintiera una terrible nostalgia del tiempo pasado, de su infancia, y al revivirla por medio del relato sienta una gran desazón al no poder abarcarla «in situ».

«Sí, ya no importa la cara, la pasajera identificación, sino la presencia de esa tarde alegre del retrato, vanamente eterna ya, y ajándose» (Viejos retratos).

Sin embargo, este hastío y desesperanza no desemboca en la muerte. La muerte en «Primeras Hojas», cuando aparece, es natural y no es producto del desencanto. Así, el niño nos cuenta la muerte de la madre tal y como a él se la presentaron:

«Me vuelvo hacia atrás y veo a mi padre que abraza a mi hermano mayor, y a Elisa que llora a grandes gritos, que se cae, el sombrero se le vuelca, rebotando en la barandilla, sobre el verde (mira, vamos allí, se le ha caído el sombrero a Elisa, se le va a mojar), y todos entran llorando» (La primera muerte).

### 4.— *Los personajes y su entorno; su nivel cultural*

Uno de los aspectos más interesantes de la narrativa de Alonso Zamora Vicente es el adscribir a los personajes una serie de connotaciones para que ellos nos refieran el entorno social al que pertenecen por medio de la cultura y de la educación. Por ello, este rasgo, que va a ser esencial en Alonso Zamora Vicente, aparece perfectamente delimitado, aunque lleno de ternura, en *Primeras Hojas*.

«...Elisa y el novio se sientan, y él dice: los niños con la criada a pasear, Dorotea se enfada, nunca me han llamado criada a mí en vuestra casa, qué se habrá creído el mierda éste...» (pág. 42).

«Las señoritas de Orús, con sus caballos ingleses, son muy amigas, muy amigas de tu hermana, mira bobo, no llores, te han visto y se ríen de tí, también veranean en San Sebastián. (Cuando Dorotea dice también, mira muy disimuladamente a la gente que hay alrededor, la mar de ufana, qué se habrá creído, nosotros no vamos a San Sebastián...)» (pág. 32).